

isla; el movimiento insurreccional fué cundiendo por todas las poblaciones, porque en todas partes ardía el mismo deseo y furor de venganza. La matanza se hizo general, y se calcula en veinte y ocho mil el número de los franceses degollados por el pueblo. Uno solo se libertó, respetado por el furor popular, de aquella universal carnicería; Guillermo de Porceles, provenzal, á quienes los sicilianos en medio de su ciega y frenética rabia quisieron dar un testimonio de su estimación y agradecimiento por la benignidad y prudencia con que los había gobernado. Y una sola ciudad, Sperlinga, que sirvió de refugio á muchos franceses, se negó á seguir el alzamiento de todo el reino, de donde quedó el proverbio: *Quod Siculis placuit, sola Sperlinga negavit*, «solo negó Sperlinga lo que quiso toda Sicilia (1).» La última ciudad que se levantó fué Mesina, residencia del vicario del reino, Esbert d'Orleans, á la cual llamaba él *el puerto y la puerta de Sicilia*, y cuya plaza guarneció con cuantas tropas pudo recoger. Pero nada bastó á contener la explosión: los mesineses no cedieron en furor á los de Palermo, y el 28 de abril no quedaba ni un francés vivo en Mesina. El vicario pudo salvarse con algunos del otro lado del estrecho, las armas de Francia y de Anjou fueron arrastradas por el lodo, y la última guarnición francesa evacuó el suelo siciliano.

(1) Lo cual se tradujo al italiano en estos dos versos:
Cio che á Sicilia piacque
Solo á Spirlinga spiacque.

Tal fué la famosa y sangrienta revolución de Sicilia, que comenzó por las *Visperas Sicilianas*, con cuyo nombre durará perpetuamente en la memoria de los hombres (1).

Hállabase Carlos de Anjou en Nápoles cuando le llegó la noticia de este levantamiento. El primer desahogo de su cólera fué prorumpir en furiosas y desesperadas imprecaciones y en amenazas horribles de devastar la isla y acabar con todos sus habitantes. Luego pensó en reconquistar el reino perdido, y el que antes se contemplaba el soberano mas poderoso de Europa y pensaba en apoderarse del imperio griego, pedía ahora auxilios de toda clase á Roma, á Francia, á Provenza, y con gente de todas estas naciones y con las fuerzas de Nápoles, de Lombardía y Toscana, de Génova y Pisa, y armado de una bula del papa Martin IV. en que prohibía á todos los príncipes y señores, eclesiásticos y legos, favorecer la revolución siciliana bajo las penas temporales y espirituales mas severas, procedió á la recuperación de Mesina presentándose

(1) Bartholomé de Neocastro, Nicolaus Specialis, Giovanni Villani, Saba Malaspina, Muratori y otros historiadores italianos refieren casi acordés en todo las circunstancias de esta célebre revolución. Un moderno autor siciliano, Michaele Amasi, ha publicado muy recientemente (en 1842) una curiosa monografía de las *Visperas Sicilianas*, bajo el título de *Un periodo delle historie Siciliane*. La idea dominante de este libro es probar que la insurrección que arrojó á Carlos de Anjou de Sicilia fué una conmoción popular y nada mas, y que la matanza de Palermo fué independiente de la conspiración de Prócida. El movimiento de Palermo fué en efecto espontáneo, pero esto no obsta á la parte que Juan de Prócida pudo tener en la preparación de los ánimos de sus compatriotas. Roseew-S. Hilaire, Hist. d'Espagne., tomo IV., cap. V.

con una formidable armada y con un ejército de setenta mil infantes y quince mil caballos. Asombrados los mesineses á la vista de tan poderoso enemigo, enviaron mensajes á Carlos ofreciendo entregarle la ciudad siempre que les diera seguridad para sus personas y les prometiera olvido y perdon de lo pasado. Rechazó el de Anjou con soberbia la proposición, no respirando sino venganza y esterminio; y por último, exigió que pusieran á su disposición ochocientas cabezas escogidas por él para que sirviesen de ejemplar castigo de la rebelión. Perdió su orgullo, pues recobrada Mesina, hubiera podido rescatar todo el reino; pero semejante propuesta indignó á los mesineses en términos que juraron todos á una vez vender caras sus vidas y perecer hasta el último habitante antes que sucumbir á tan ignominiosa demanda. Con esta resolución, hombres y mugeres, niños y ancianos, todo el mundo se puso á trabajar de día y de noche para la defensa de la ciudad, y en tres días y como por milagro se vió levantada una muralla ⁽¹⁾. Faltándoles armas y material de que hacerlas, pusieron fuego á setenta galeras que se hallaban en el puerto y que el mismo Carlos tenia preparadas para su proyectada es-

(1) Juan Villani nos ha conservado una canción de aquel tiempo en que se pinta la actividad con que las damas de Mesina se empleaban en los trabajos materiales de la muralla.

Deh! come gli e gran pietate
Delle donne di Messina,
Veghendole scapigliate
Portare pietra et calcina.....!

pedición contra el imperio griego, y del hierro que sacaron de entre sus cenizas fabricaron armas para su defensa. Con esto se pusieron ya en aptitud de resistir los reiterados ataques de los franceses.

Mientras esto pasaba en Sicilia, el rey don Pedro de Aragon, despues de despedirse de la reina y de dar la bendición á los infantes sus hijos, hizo á la vela con próspero viento (3 de junio), y haciendo escala en Mahon, arribó con su escuadra al puerto de Alcoll en la costa de Berbería entre Bugía y Bona. Mandó desde luego que las compañías de almogavares, de que llevaba gran número, se apostáran en los montes de Constantina, y repartiendo aquellos soldados entre los ricos hombres y caballeros del ejército, señaló los días en que alternativamente habian de hacer con ellos sus incursiones en las tierras africanas. Muchas poblaciones las hallaban yermas: conocíase que habian sido reciente y apresuradamente abandonadas, porque aun encontraban en ellas mantenimientos de que se aprovechaban los cristianos. Supónese que un sarraceno de Constantina habia concertado con el rey de Aragon entregarle la ciudad, y que esta era una de las causas que habian movido á don Pedro á pasar á Africa; pero noticiosos de ello los moros se amotinaron, quitaron la vida al conspirador y á doce mas de los principales que entraban en el proyecto, y acordaron defender á todo trance la ciudad contra el aragonés. Siendo difícil, una vez frustrado este proyec-

to, apoderarse de Constantina, á donde habia acudido gran morisma del reino de Tunez, reduciase la guerra á entradas y combates parciales con los berberiscos, en que tuvieron muchas ocasiones de acreditar su arrojo y esfuerzo los almogavares, los condes de Urgell y de Pallás, y mas que todos el mismo rey, venciendo siempre á los enemigos, pero sin resultados importantes ⁽¹⁾. Desde Alcoll envió el aragonés nueva embajada al papa rogándole otra vez le diese ayuda y le dispensase los tesoros de la Iglesia para proseguir con fruto en aquella empresa; demanda á que el papa ni respondió tampoco por escrito, ni menos accedió, alegando que el tesoro de la Iglesia no era para ser empleado en Berbería sino en la conquista de la Tierra Santa.

La conducta del monarca aragonés en Alcoll era verdaderamente misteriosa, como lo habian sido sus preparativos; y ni entonces por sus palabras se podia interpretar con seguridad, ni despues por los historiadores y cronistas se puede claramente inducir cuál era el principal propósito asi de su expedicion como de su estancia en aquel puerto africano. Infiérese no obstante de las negociaciones precedentes y de los sucesos posteriores. Pronto salió de aquel estado, que parecia de perplejidad.

(1) Los pormenores de esta guerra pueden verse en Desclot, Muntaner, que los cuenta difusa y minuciosamente en su Crónica. Hist. de la Cataluña, y en Ramon

Un dia vió desde su palacio morisco acercarse dos naves armadas que de la parte de Sicilia se dirigian á aquel puerto. Eran nobles mensajeros de Palermo, que á nombre de aquella ciudad y de todas las de la isla, de cuyos síndicos y principales barones llevaban cartas signadas y selladas, iban á ofrecerle la corona de Sicilia y á suplicarle fuese á tomar posesion del reino, asi por el derecho que á él tenia su esposa Constanza, como por ser el único que podia devolver la libertad á los sicilianos y librarlos de caer de nuevo bajo la servidumbre del tirano Carlos de Anjou. El reservado y político monarca agradeciéndoles el amor que en ello mostraban y la confianza que en él ponian, les pidió tiempo para consultar y deliberar con sus ricos-hombres y caballeros sobre el objeto de su mision, como quien vacilaba en aceptar aquello mismo que estaba deseando con ansia y por lo que habia estado trabajando. Antes que los enviados palermitanos hubiesen obtenido respuesta del aragonés, otras dos embarcaciones con velas y pabellones negros, vestida tambien de luto la tripulacion, arribaron al puerto de Alcoll. La una procedia de Palermo, la otra de Mesina. Embajadores de ambas ciudades, esta última á la sazón estrechada, combatida y apurada por el ejército del de Anjou, fueron á suplicar de nuevo á don Pedro de Aragon acudiese en su socorro como rey y legítimo señor de Sicilia, á quien como á tal aclamaban y pedian todos los sicilianos. El astuto aragonés, que en su in-

terior se alegraba ya de la negativa del papa, que le proporcionaba aparecer como forzado á dejar la guerra de Africa, y á aceptar la posesion de aquel reino, quiso todavía someter la proposicion de los sicilianos al dictámen y consejo de sus ricos-hombres. Contrarios fueron entre estos los pareceres, teniendo algunos por censurable codicia y por temeraria y arriesgada empresa engolfarse en la adquisicion de estraños reinos alejándose de los propios, teniendo que luchar además contra el poder todavía grande del de Anjou, contra el del monarca francés, su deudo y aliado, y contra las armas temporales y espirituales del papa. Oyó el soberano de Aragon á todos, sin contradecir directamente á nadie; mas con su especial habilidad fué secretamente inclinando los ánimos á lo que se proponia y deseaba, y fingiendo poner sus destinos en manos de Dios, la expedicion de Sicilia quedó acordada y resuelta, con aplauso de todo el ejército y con imponderable contentamiento de los embajadores sicilianos.

Hízose, pues, á la vela la escuadra con buen tiempo, y á los cinco dias de navegacion arribó felizmente á Trápani (30 de agosto), donde fué saludada y recibida con extraordinario júbilo. El 4 de setiembre emprendió el rey su marcha, él con el ejército por tierra, la armada por las aguas de la costa en direccion á Palermo: toda la ciudad salió á recibir al rey libertador, y entre las ruidosas y alegres aclamaciones del pueblo

fué conducido bajo de palio hasta el palacio imperial. Allí ante el parlamento de todas las ciudades fué proclamado y jurado Pedro III de Aragon por el voto unánime del pueblo, rey de Sicilia, prometiendo él por su parte que respetaria los buenos usos y costumbres del tiempo del rey Guillermo, á lo cual respondió una voz general de ¡Viva el rey! (1). Urgia acudir en socorro de Mesina, que atacada por las numerosas tropas de Carlos, y excomulgados sus defensores por el legado del papa, se hallaba en eminente peligro de sucumbir á pesar de la denodada resistencia de sus habitantes. El rey de Aragon y de Sicilia les socorrió desde luego con dos mil almogavares mientras él intimaba por medio de mensajeros al de Anjou que se alejara de un reino que ya no le pertenecia, y se preparaba á ir en persona con fuerzas de mar y tierra aragonesas, catalanas y sicilianas. Asustaron al pronto á los mesineses aquellos almogavares con sus tostados, denegridos y enjutos rostros, su desordenado cabello, sus cascos y sus calzas de cuero, sus rústicas abarcas, sus lanzas cortas y sus cuchillos de monte, y no creian que gente tan agreste y desnuda les pudieran servir de gran

(1) Las damas, dice Desclot, admiraban mucho la esbelta talla del rey, su arrogante y belicoso continente y su cortesania. Entre ellas se distinguia la bella Macalda, esposa de Alaymo de Lentini, uno de los gefes de la revolucion, muger tan valerosa que habia hecho durante el sitio un servicio militar como el capitan mas esforzado. Bartholomé de Neocastro, escritor contemporáneo, y que figuró como persona principal en aquellos sucesos, trae divertidos pormenores sobre la primera entrevista de aquella dama con el rey don Pedro y sobre los esfuerzos inútiles que hizo para seducirle.

remedio, hasta que los vieron trabajar en la defensa, y entonces ya pusieron en ellos su mayor confianza, y atreviáanse á su amparo á hacer salidas vigorosas contra los sitiadores, cuyas filas iban diezmando. En estas salidas mas de diez mil franceses fueron acuchillados por los terribles almogavares. Pocas defensas cuenta la historia tan heróicas y célebres como la de Mesina. Al fin, descubriendo Cárlos la flota aragonesa que asomaba, dirigida por el ilustre marino Roger de Lauria, y sabedor de que el rey don Pedro avanzaba por tierra con su ejército, acompañado de Alaymo de Lantini y del famoso Juan de Prócida que iba respirando venganza, el ex-rey Cárlos de Sicilia, el vencedor de Manfredo y de Conradino, que habia pensado arrancar el imperio de Oriente á Miguel Paleólogo, el que se habia jactado de despreciar al rey de Aragon y su pequeño reino, el inexorable sitiador de Mesina que á no haber sido soberbio hubiera podido reconquistar otra vez toda la Italia, no tuvo valor para esperar al *pobre rey de Aragon*, y con todas sus numerosas legiones y su formidable armada pasó por la vergüenza de retirarse precipitadamente y á media noche del campo y de las aguas de Mesina, dejando sus tiendas y equipages para que fuesen presa de los almogavares y mesineses, trasladándose á Calabria.

Prósiguó el aragonés en marcha á Mesina, donde fué recibido con el entusiasmo con que se recibe á un

libertador. Duraron las fiestas y regocijos mas de quince dias. Cárlos desde Reggio oia las nuevas que le llegaban de estos festejos que á algunas leguas de él se dedicaban á su vencedor y no acertaba á moverse de Calabria; lo que hizo fué enviar el grueso de la armada á Nápoles y á Sorrento. Pero la vista de estas velas inspiró al valeroso catalan Pedro de Queralt el atrevido pensamiento de dar un golpe de mano á aquella escuadra, y aunque el almirante en gefe de la flota aragonesa era don Jaime Perez el hijo del rey, como éste hubiera dado mas pruebas de personal valor que de maestría y capacidad para la direccion de las operaciones navales, encomendó el monarca la ejecucion de la arrojada empresa al mismo Queralt, reteniendo á su hijo, so pretexto de serle necesario para otros servicios. Nadie creia en Mesina que con una flota de veinte y dos galeras hubiera quien se atreviese á atacar las ochenta de que se componia la armada de Cárlos. La audacia de Queralt y de sus catalanes engañó todos los cálculos. Hallábase la escuadra napolitana á la altura de Nicotera, cuando divisó con sorpresa una veintena de embarcaciones que hácia ella surcando se dirigian. Pusiéronse unas y otras naves en orden de batalla, mas no bien habia dado principio la pelea, pronunciáronse en huida los primeros los pisanos, hicieronlo en seguida á su ejemplo los provenzales y genoveses, y abandonados los napolitanos bogaron á todo remo hácia Nicotera.

Aprovechando este desconcierto los catales arrojáronse sobre los fugitivos, apresaron hasta cuarenta y cinco galeras, y ciento treinta barcos de transporte cargados de vituallas, y cercando en seguida á Nicotera apoderáronse de la ciudad matando mas de doscientos caballeros franceses. Un buque empavesado con las armas de Aragon y mandado por el intrépido Cortada partió á Mesina á llevar la feliz nueva al rey don Pedro, que hincando la rodilla dió gracias á Dios entonando el *Laudate Dominum*, y á su ejemplo todos los que con él estaban. El júbilo llegó en Mesina á su colmo cuando se vió arribar las veinte y dos galeras, ondeando sus pabellones, remolcando los buques apresados, y arrastrando por las olas las banderas enemigas ⁽⁴⁾.

Ganó el monarca aragonés gran reputacion y fama de hombre generoso con el comportamiento que en esta ocasion tuvo para con los prisioneros. De los cuatro mil que se hallaban en su poder solamente retuvo á los provenzales y franceses: á los tres mil restantes, que eran italianos, los reunió y les habló de esta manera: «Hombres de allende el Faro, que seguiais la causa de Cárlos y ahora sois mis

(4) Casenna de les galeres del rey d'Aragó ne remolcava huna ó dos de les galeres de aquelles que habien preses, ab la popa primera. E axi remolcant entraren al port de Medina lo mati, ab gran alegre de trompes et d'altres es-

turments, et ab llurs senyeres levades... les senyeres des Carles tiragascant per la mar. Desclot, cap. 98.—Zurita apenas hace sino indicar sucinta y confusamente estos sucesos.

» prisioneros, bien veis que podria hacer de vosotros
 » lo que mas me pluguiera; y en verdad si Cárlos tu-
 » viera en su poder mis hombres, lo que Dios no per-
 » mita, como yo os tengo en el mio, de seguro os ha-
 » ría morir sin piedad. Tal es el hombre á quien ser-
 » víais; no seguiré yo semejantes ejemplos, que no
 » son honrosos ni útiles, y si útiles fuesen, que no lo
 » quiera Dios, téngolos por indignos de un cristiano.
 » Los mismos á quienes mis gentes han hecho prisione-
 » ros con vosotros, y que no son como vosotros de san-
 » gre latina, tampoco los condenaré á muerte: los
 » pondré, sí, á recaudo, para que no hagan mal ni al
 » pueblo cuya causa defiende ni á los míos. Por lo que
 » á vosotros hace, os doy libertad. Naves catalanas
 » cargadas de víveres, os trasportarán á vuestro pais.
 » Id pues, y llevad á vuestros compatriotas esta carta
 » sellada con el sello de Aragon, porque ni á ellos ni á
 » vosotros os considero yo como los enemigos natura-
 » les del rey que os habla, ni de sus amigos los sici-
 » lianos. Llevad, repito, esta carta á los hombres de
 » la Calabria, de la Pulla y de la Basilicata, para que
 » sepan quien es el rey de Aragon: ella les asegura la
 » libre entrada en los puertos de esta isla y de mis
 » reinos de España, si quieren llevar á ellos sus mer-
 » cancias, no para que vayan á hacer mal. Id, pues;
 » pero guardaos de pagarnos esta merced volviéndose
 » de nuevo contra nosotros: porque si otra vez caye-
 » scis en nuestras manos, entonces no podria menos

»de condenaros á muerte.» Encantados quedaron todos con este discurso, y prorumpieron en vivas al rey de Aragon: muchos prefirieron quedarse á su servicio; los que optaron por marcharse fueron provistos de víveres y de una libra tornesa para cada uno; facilitáronseles barcos de transporte, y aquellos hombres derramándose por su pais iban pregonando alabanzas del nuevo rey de Sicilia (1).

Cuando Cárlos supo la generosa accion del aragonés, dice un escritor italiano de aquel tiempo, hubiera querido morir. En su desesperacion, dice otro historiador florentino, púsose á morder el baston rabiosamente. El rey de Aragon y de Sicilia hizo una escursion á Catana, recibiendo mil demostraciones de aprecio en todas las poblaciones del tránsito. Allí suprimió unos impuestos, rebajó otros, abolió el odioso derecho relativo al armamento de los buques, y aseguró que jamás impondria tributos de su propia y sola autoridad. Diéronle ellos espontáneamente un subsidio para el sostenimiento de la guerra, y regresando á Mesina espidió un edicto dando fuerza de ley á todo lo hecho en el parlamento de Catana. Con toda esta política obraba el aragonés, y de esta manera iba afianzando su autoridad y su prestigio en el nuevo reino.

Asi las cosas, un nuevo suceso vino á darles bien diferente giro. El mismo dia que entró el rey don Pe-

(1) Neocast. cap. 53.—Desclot, cap. 98.

dro en Mesina de regreso de Catana (24 de octubre), encontróse con un religioso de la orden de predicadores, Fr. Simon de Lentini, encargado de decirle de parte de Cárlos, rey de Nápoles, que habiendo invadido la Sicilia y robádole sin derecho ni provocacion sus tierras, estaba dispuesto á convencerle de ello en combate singular, poniendo por juez de su pleito la espada. Este inopinado desafio del de Anjou, que tan célebre se hizo en la historia por sus circunstancias y consecuencias, no era acaso solamente ni un rasgo de valor ni un arranque de odio, era tal vez al propio tiempo un cálculo y un pensamiento político. Cárlos no se contemplaba seguro en la Calabria, donde el descontento y el espíritu de rebelion fermentaba y se agitaba sordamente, y conveníale arrojar de allí al aragonés con un pretesto honroso. Discurría tambien que no pudiendo el rey de Aragon dejar de admitir el reto, que pensaba se realizase lejos de allí, por una parte aquello mismo envolvía en sí la necesidad de una tregua, por otra los mismos sicilianos dirian: «¿y qué rey es este que asi nos deja y asi compromete nuestra suerte por aventurarlo todo al trance y éxito incierto de un combate personal?» Y esto produciría naturalmente general disgusto contra el de Aragon, y tal vez un levantamiento de reaccion en la Sicilia. La idea, pues, de Cárlos era un artificio diabólico de una cabeza no vulgar. Hizole decir don Pedro que no era negocio aquel para tratado por medio

de un fraile, y en su vista le envió Cárlos los principales señores de su reino con orden de que no le hablasen sino en plena córte y á presencia de todos. Llegados estos mensageros á Mesina, y congregada la córte de don Pedro, le dijeron en pública asamblea: *Rey de Aragon, el Rey Cárlos nos envia á deciros que sois un desleal, porque habeis entrado en su reino sin declararle la guerra:—Decid á vuestro señor, contestó el de Aragon ardiendo en cólera, que hoy mismo irán mis mensageros á responder en sus barbas á la acusacion que os habeis atrevido á pronunciar en las nuestras: retiráos.*

Retiráronse estos, y no habian pasado seis horas cuando los enviados del aragonés surcaban ya las olas en direccion de Reggio. Puestos allí á presencia de Cárlos, sin otro saludo le dijeron; «Rey Cárlos, nuestro señor el rey de Aragon nos envia á preguntaros si es cierto que habeis dado orden á vuestros mensageros para proferir las palabras que hoy han pronunciado delante de él.—No solo es verdad, respondió Cárlos, sino que quiero que de mi propia boca sepa el rey de Aragon, sepais vosotros y el mundo entero, que yo les he ordenado las palabras que habian de decir, y que ahora las repito á vuestra presencia.—Pues nosotros os decimos de parte de nuestro señor el rey de Aragon, que mentís como un bellaco, que él en nada ha faltado á la lealtad; os decimos en su nombre que quien ha faltado habeis si-

do vos, cuando venisteis á atacar al rey Manfredo y asesinasteis al rey Conradino; y si lo negais, os lo hará confesar cuerpo á cuerpo. Y aunque reconoce vuestro valor y sabe que sois un brioso y esforzado caballero, os da á elegir las armas, puesto que sois mas anciano que él. Y si esto no os conviene, os combatiré diez contra diez, cincuenta contra cincuenta, ó ciento contra ciento.—Barones, contestó Cárlos, mis enviados os acompañarán hoy mismo, y sabrán de boca del rey de Aragon, si es cierto lo que nos acabais de decir de su parte; y si es así, que jure ante mis enviados, por la fé de rey y sobre los cuatro evangelios, que no se retractará nunca de lo que ha dicho: despues regresad con ellos, y yo haré el propio juramento ante vosotros. Un dia me basta para escoger entre los tres partidos que me ofrece, y cualquiera que elija, le sostendré como bueno. Luego acordaremos él y yo ante qué soberano habremos de combatirnos, designaremos el lugar de la batalla, y tomaremos el mas breve plazo posible para la pelea.—Convenimos en todo, contestaron los de don Pedro (1).» Despues de muchas y

(1) Equivócase Mariana cuando dice: «Envióle el de Aragon á desafiar (á Cárlos) con un rey de armas.» Aunque mas adelante añade: «Así lo cuentan los historiadores franceses: los aragoneses al contrario afirman que primero fué desafiado el rey don Pedro del francés.»—Nadie ignora ya que la iniciativa del reto partió del rey Cárlos: en esto convienen el aragonés Muntaner, y despues de él Zurita, los franceses Martenne y Durand, y los italianos Neocastro y Malaspina, y consta ademas por la copia de una carta de Cárlos que se conserva en los archivos generales de Francia.

recíprocas embajadas, concertáronse los dos príncipes en que el combate seria de ciento contra ciento; designaron por árbitro al rey Eduardo de Inglaterra, y por lugar para la batalla á Burdeos, capital de Guiena y Gascuña y terreno neutral como perteneciente entonces á aquel monarca. Los dos juraron y firmaron solemnemente la carta de duelo (30 de diciembre 1282), y con ellos cuarenta principales barones por cada parte ⁽¹⁾.

En el principio de estas negociaciones habia significado el francés al de Aragon que le parecia conveniente hubiese una tregua hasta salir de aquel reto, á lo cual contestó el aragonés, «que no queria paz ni tregua con él, que le buscaria y le haria todo el daño que pudiese, de presente y de futuro, y que tampoco esperaba de él otra cosa; que tuviese entendido que le atacaria en Calabria cuando lo pareciese, y que si queria no habia necesidad de molestarse en ir á Burdeos para batirse.» En efecto, á los pocos dias, y en el silencio de la noche, despachó quince galeras con cinco mil almogavares hácia la Catana ⁽²⁾. Todo el mundo dormia cuando ellos llegaron; la mayor parte de las tropas que guarnecian el lugar fueron pasadas á cuchillo, las demas huyeron, y los almogavares recogieron no poco dinero y despojos. Desde

(1) Reymer pone los nombres de los cuarenta aragoneses que suscribieron. Fœder. tom. II.

(2) En el reino de Nápoles, Calabria Ulterior.

alli se derramaron estos terribles soldados por los bosques de la comarca de Reggio, anidando, segun la expresion feliz del historiador, como aves de rapiña, para caer en bandadas y grupos sobre los ganados y sobre las pequeñas aldeas, llegando á veces en sus audaces correrías hasta los muros mismos de Reggio donde se hallaba el rey Cárlos. Al fin, terminado el año 1282, tan fecundo en sucesos, abandonó Cárlos aquella ciudad para ir á buscar cerca del papa Clemente y del rey de Francia Felipe el Atrevido su sobrino, ayuda y consejos. Tan luego como Cárlos salió de Reggio, fué llamado á ella el rey de Aragon, donde se repitieron con él los obsequios de Palermo y de Mesina, (14 de febrero, 1283). Desde alli internándose con sus almogavares en el pais, no dejaba reposar en parte alguna al príncipe de Salerno hijo de Cárlos, que habia quedado gobernando la Calabria, y no habia guarnicion francesa que se contemplara segura. Llegaron los aragoneses, dice Muntaner, á infundir tal terror, que el solo grito de ¡Aragon! equivalia á la mitad del triunfo. Asi multitud de villas y lugares de Calabria se entregaron al rey don Pedro y recibieron guarnicion aragonesa, hasta el punto de poder dar el condado de Módica, que se componia de catorce villas, al francés Enrique de Clermont, que por una ofensa recibida del de Anjou se pasó al servicio del aragonés.

Habia el rey don Pedro encomendado á Juan de

Prócida y á Corando Lancia que fuesen á Cataluña á buscar la reina y los infantes sus hijos, para que tomaran en su ausencia el gobierno de Sicilia, y el 12 de abril (1283) la ciudad de Palermo prorumpió en demostraciones de júbilo al ver en su seno á la hija de Manfredo, la reina Constanza, con sus tres hijos, Jaime, Fadrique y Violante. Pocos dias despues el rey don Pedro tuvo el placer de abrazar en Mesina á su esposa y á los infantes (22 de abril). Congregado allí el parlamento del reino, espuso el monarca en los siguientes términos las disposiciones que tenia adoptadas al dejar la isla:—«Sicilianos, les dijo; me veo precisado á ausentarme de una tierra que amo tanto como á mi propia patria. Voy á confundir, á la faz de la cristiandad entera, á nuestro soberbio enemigo, y á vengar mi nombre ante el juicio de Dios. Por amor vuestro ¡oh sicilianos! he arriesgado mi nombre, mi persona, mi reino, y hasta mi alma á los azares de la fortuna. No me arrepiento de ello al ver esta empresa venturosamente acabada por la mano del Señor Todopoderoso; lejos de Sicilia el enemigo, perseguido y humillado, restauradas vuestras leyes y vuestras libertades, y vosotros todos gozando de prosperidad y de gloria. Os dejó una armada victoriosa, capitanes experimentados, ministros fieles, y os entrego, en fin, vuestra reina y los nietos de Manfredo. Os confío estos hijos, pedazos queridos de mis entrañas: encomendados á vosotros

»nada temo por ellos, ¡oh sicilianos! Y puesto que son tan inciertos los trances de la guerra, quiero dejaros una nueva prenda de vuestros derechos. A mi muerte tendrá mi hijo Alfonso los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia: mi segundo hijo Jaime me sucederá en el reino de Sicilia. La reina y Jaime serán en mi ausencia vuestros vireyes. Mantened vosotros vuestra fidelidad al imperio paternal, fuertes contra los enemigos, y sordos á las asechanzas de los que buscan solo las mudanzas para venderos.»

Los sicilianos que temian que el monarca libertador quisiera acaso hacer su antiguo reino una dependencia y como una provincia del de Aragon, oyeron con beneplácito y regocijo este discurso, al ver que se le destinaba á tener un rey propio y una corona hereditaria. Nombró al anciano, virtuoso y fiel Alaymo de Lantini gran Justicier del reino; dió el cargo de primer almirante á Roger de Lauria; á Juan de Prócida el de gran Canciller de Sicilia; el mando del ejército de tierra al catalan Guillen Galcerán de Castella, con el condado de Catanzaro, una de sus conquistas de Italia, y distribuyendo los empleos inferiores entre catalanes y sicilianos, y dejando prevenido que no se hiciese cosa alguna en su ausencia sin conocimiento de la reina, despidióse afectuosa y tiernamente de esta y de sus hijos (26 de abril), y partió de Mesina en direccion de Trápani.

Habiase antes de esto fraguado una conspiracion
Tomo vi.